



26 de marzo de 2025
MEDITACIONES PARA LA CUARESMA
“La Adoración Eucarística” (Parte I)

Como hemos recordado una y otra vez, el objetivo de nuestras meditaciones cuaresmales es esforzarnos por ser mejores discípulos del Señor. Este llamamiento se dirige a nosotros en tiempos difíciles tanto en la Iglesia como en el mundo, como habíamos observado detalladamente a la luz del discernimiento de los espíritus. Por tanto, el combate espiritual se vuelve ineludible. En este sentido, habíamos reflexionado sobre los diversos elementos de la armadura espiritual descrita por el apóstol san Pablo, con la que hemos de revestirnos para salir a la batalla. Sus consejos concluyen con la exhortación a «orar en todo tiempo movidos por el Espíritu» (Ef 6,18), por lo que en las últimas meditaciones habíamos hablado sobre la oración del corazón y el Santo Rosario. Hoy y mañana queremos profundizar en la Adoración Eucarística: otra arma eficaz en el combate espiritual.

El permanecer en silencio ante el Señor Sacramentado, ya sea el Santísimo expuesto o en el Sagrario, tiene un gran efecto en la profundización de la oración. Por eso, en el marco de estas meditaciones sobre el tema de la oración, conviene que dediquemos dos días específicamente a la Adoración Eucarística.

Antes de entrar en materia, sólo una breve explicación para aquellos que no están familiarizados con la devoción católica. Los católicos creemos que, después de la transformación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo durante la Santa Misa, su presencia permanece en la santa hostia, aun cuando ha concluido la liturgia. Es por eso que los católicos hacemos una genuflexión (esto es, una reverencia) ante el Sagrario, donde se conservan las hostias consagradas.

Habiendo hecho esta aclaración, entremos en materia: Tal vez no siempre podemos percibir de forma palpable la eficacia de la presencia eucarística del Señor. En efecto, su presencia sacramental en la Eucaristía es una realidad que podemos contemplar únicamente con los ojos de la fe. Creemos que Jesús está ahí porque la Palabra de Dios y la Iglesia nos lo aseguran. Creemos, porque el pan y el vino, transformados en Carne y Sangre de Cristo durante la consagración, despiertan nuestra fe en Él. Con nuestros ojos exteriores no vemos más que una hostia blanca; con los ojos de la fe, en cambio, contemplamos la presencia misma del Señor.

¿Qué es lo que sucede en el interior del alma cuando permanecemos en la presencia del Señor?

Nosotros, los católicos, lo llamamos “comuni3n espiritual”. En ella, no acogemos f3sicamente la presencia del Se1or en la santa hostia, como ocurre en la comuni3n sacramental; sino que lo recibimos directamente en nuestro esp3ritu. De esta manera, Dios se comunica suavemente a nuestra alma. Su presencia en la Santa Eucarist3a es como una suave brisa que acaricia nuestra alma o como un agradable calor que va creando una relaci3n cada vez m3s confiada.

Esta forma delicada c3mo el Se1or penetra en el alma nos recuerda a una frase de la Secuencia de Pentecost3s: *“Ven, dulce hu3sped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las l3grimas y reconforta en los duelos.”*

Al permanecer frecuentemente en silencio delante del Sagrario, nuestra alma se arraiga en el Se1or y encuentra en 3l su hogar. El anhelo de su presencia crece cada vez m3s. Puesto que nuestra vida espiritual es un progresivo “retorno a casa”, al Coraz3n del Padre, la Adoraci3n Eucar3stica ser3 un excelente medio espiritual para crecer en el amor, siendo una prolongaci3n de la comuni3n sacramental.

Estando tan directamente en la presencia de Dios, nosotros somos, ante todo, los receptores. As3 es en el tiempo y as3 ser3 en la eternidad. Por eso, cuando permanecemos en silencio ante el Se1or en el Sagrario o ante el Sant3simo expuesto, encontramos cada vez m3s la serenidad interior y nuestro refugio. Y esto, en medio del ajetreo del mundo, es de suma importancia para nuestras almas. La oraci3n no debe convert3rse en una obligaci3n pesada, a la cual tenemos que someternos a la fuerza; sino que ha de ser un anticipo del cielo.

El que empiece a frecuentar la Adoraci3n eucar3stica, se dar3 cuenta de que se le convierte en una creciente necesidad interior, en el pan espiritual cotidiano, que nos recuerda lo m3s importante; a saber, permanecer junto al Se1or.

Y para Dios mismo es una maravillosa posibilidad de comunic3rse, de poner su morada en nosotros, para colmarnos con su presencia.